

Capítulo 8

Impactos en la producción de alimentos:
destrucción de economías regionales

Más agronegocio, menos alimentos

Existe una relación directa entre el avance de los cultivos industriales (y de exportación) y el retroceso en la producción de alimentos para las poblaciones locales.

Un discurso reiterado por las multinacionales del agro y sus voceros locales (diarios, radios, canales de televisión) se fundamenta en que el modelo transgénico "produce alimentos para millones de personas". Refieren, por ejemplo, a las 184 millones de toneladas de soja de la última cosecha (entre los cinco países). Pero la soja está lejos de ser un alimento: es principalmente una mercancía de exportación, destinado a servir como forraje para cerdos y aves de Asia y Europa.

En Argentina, Bolivia, Brasil, Paraguay y Uruguay, el poroto de soja no es consumido directamente por seres humanos. Sí se consumen alimentos tradicionales (frutas, verduras, lácteos, carnes), muchos de los cuales disminuyeron en áreas sembradas o aumentaron el precio, por lo cual son cada vez menos accesibles para los sectores populares.

Producción láctea en pocas manos

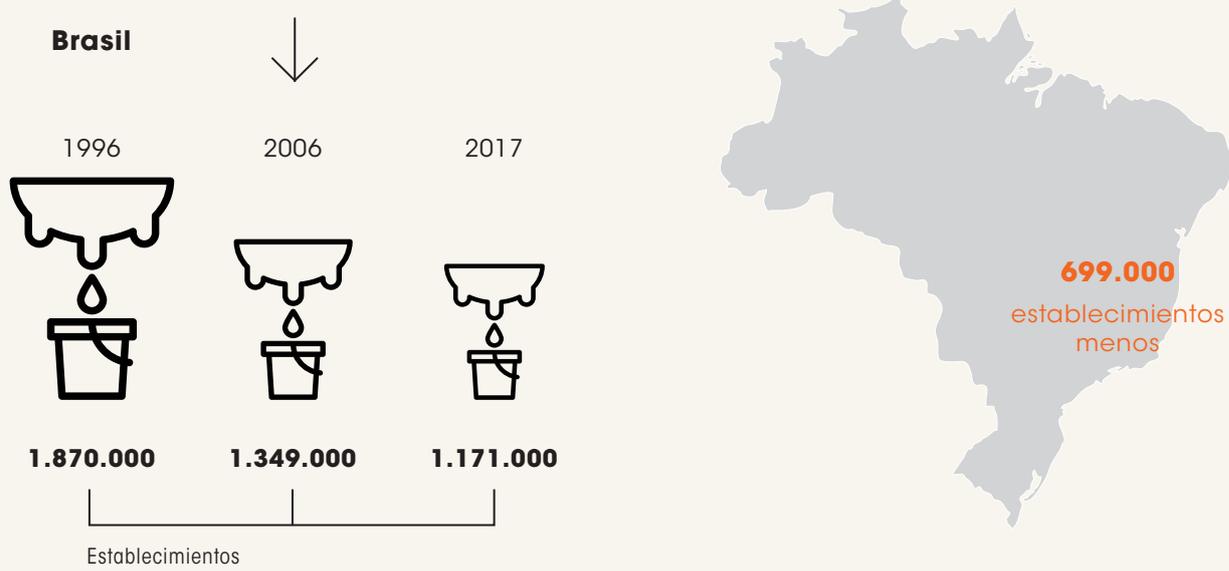
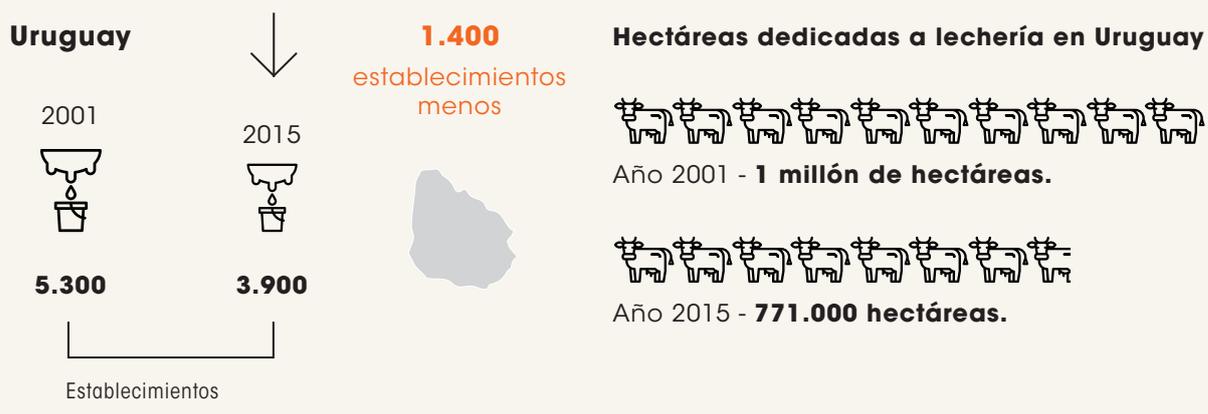
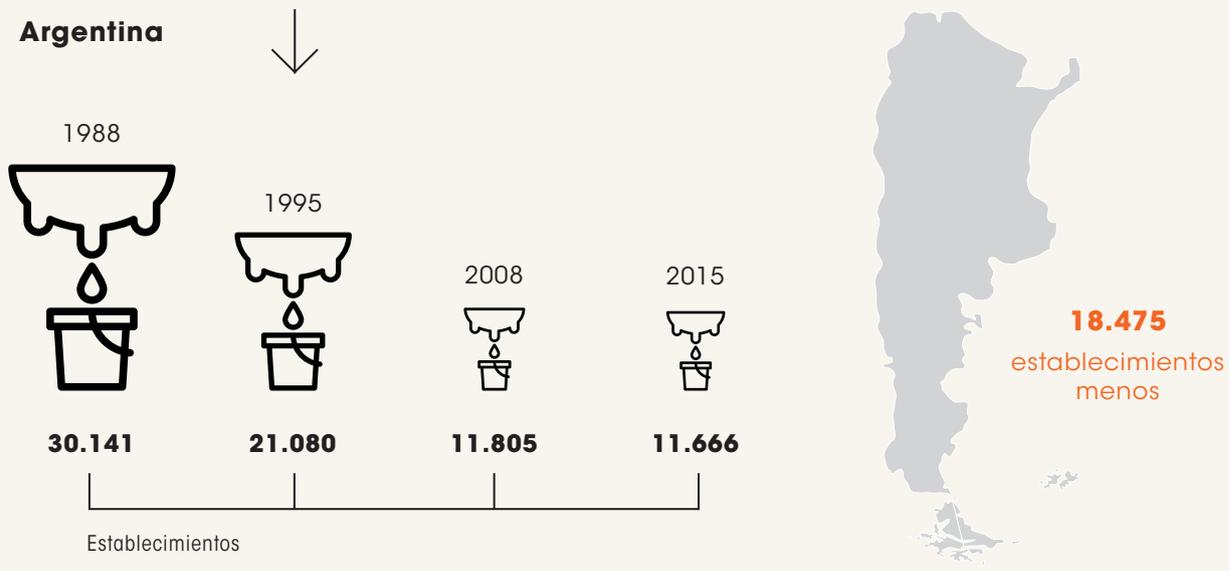
La producción de leche en Argentina tuvo un cambio drástico en las últimas décadas. Se concentra en cada vez menos productoras y de mayor tamaño. En 1988 había 30.141 establecimientos tamberos.

En 1995 ese número había caído a 21.080. Y en 2015 se contabilizaron solamente 11.666¹.

En Uruguay también hubo un descenso del número de tambos. En el 2001 había 5.300 establecimientos. En el 2016 el número se redujo a 3.873. También se vio reflejado en el número de hectáreas dedicadas a lechería: de un millón de hectáreas en 2001 se pasó a 764.000 en el 2016².

En Brasil, la reducción en la cantidad de establecimientos, según los censos agropecuarios de 1996 a 2006, mostró una pérdida de 500.000 unidades. De 1,8 millones descendió a 1,3 millones. La situación empeoró para 2017, cuando los establecimientos productores de leche se contabilizaron en 1,1 millones³. Esta disminución está relacionada con el avance de otras actividades en áreas rurales, aunque también influyó la concentración del sector. Las productoras que permanecen son cada vez más grandes e, industrialización mediante, mantienen (o aumentan) el nivel de producción. Un factor de peso es que no existieron políticas públicas para sostener la actividad láctea en los pequeños establecimientos.

Pérdida de establecimientos lácteos



Menos frutas

El descenso de producción también es notorio en cuanto a la producción frutícola.

En el año 2000 había 40.435 hectáreas dedicadas a la producción de frutas en Paraguay. En 2016 la cifra descendió a 24.344. El agravante es que la producción frutícola nacional no logra abastecer al mercado local, por lo cual se debe cubrir la demanda con productos importados. En 2017 se importaron 32.543 toneladas de cítricos (limón, mandarina, naranja, pomelo), casi 100% más de lo que se importaba en 2013. Un claro ejemplo es el de la banana, fruto tradicional de producción campesina. Hasta 2016 era enteramente nacional. En 2017, un 3% de la banana comercializada en Paraguay comenzó a ser importada desde Brasil⁴.

En paralelo, en los territorios donde entró y se expandió el agronegocio, la agricultura campesina disminuye o se extingue. El departamento de Caazapá pasó de ser el mayor productor de horticultura en el año 2002, a ser uno de los que menor presencia tiene hoy de estos cultivos. Actualmente su superficie está ocupada en un 55% por soja y 19% por maíz, cifras que colocan al distrito como el quinto mayor productor de rubros de agroexportación del país.

El mercado de frutas y verduras está altamente centralizado por el monopolio de los supermercados. El abuso de la intermediación en la comercialización de los productos excluye y explota a la producción campesina. Además, el cambio climático y la vulnerabilidad socioeconómica de los productores son factores que agudizan la debilidad de éstos frente al avance del agronegocio que acecha las tierras campesinas.

La escasez en la producción frutihortícola, en un país con pasado de autoabastecimiento, conlleva el aumento de la dependencia, lo cual (además de generar un gran impacto económico) lleva a la pérdida de soberanía alimentaria.

En Uruguay, el boom sojero desplazó a pequeños y medianos lecheros y ganaderos de las regiones con mayor aptitud agrícola hacia otras de menor calidad, o directamente a abandonar la actividad. En muchos casos, los productores se convirtieron en rentistas al arrendar sus tierras a las grandes empresas del agronegocio. En otros casos se proletarizaron pasando a vender su fuerza de trabajo a las empresas. En términos de actividades productivas, se produjo una disminución en la superficie ocupada por los tambos en el área de pasturas mejoradas para ganadería y en actividades vinculadas a la hortifruticultura, siendo un caso emblemático el cultivo de papa. En 2002, el área de papa fue de 10.913 hectáreas, mientras que en 2015/16 fue de 4.424^{5,6}.

También descendió la cantidad de hectáreas dedicadas a frutales (manzana, pera, durazno, ciruela, membrillo). Pasó de 7.440 hectáreas en 2001 a 5.411 en 2016. Las vides pasaron de 9.065 hectáreas a 6.562 en 2017.

Los cítricos pasaron a ocupar, entre 2001 y 2017, de 19.519 hectáreas a 14.848 hectáreas.

Disminución de producción frutihortícola

Paraguay



Producción frutícola

Año 2000

40.435 hectáreas



Año 2016

24.344 hectáreas



16.091
hectáreas menos



Importación de cítricos

Año 2013

16.235 toneladas de cítricos importados

Año 2017

32.543 toneladas de cítricos importados



Uruguay



Producción frutícola

Año 2001

7.440 hectáreas



Año 2016

5.411 hectáreas



2.029
hectáreas menos



Producción de cítricos

Año 2001

19.519 hectáreas



Año 2017

14.848 hectáreas



4.671
hectáreas menos



Producción de vides

Año 2001

9.065 hectáreas



Año 2017

6.562 hectáreas



2.503
hectáreas menos



Producción de papa

Año 2002

10.913 hectáreas



Año 2015

4.232 hectáreas



6.681
hectáreas menos

Y las vacas a los feedlots

El avance del monocultivo de soja y maíz también tuvo un fuerte impacto en el otro eje fundamental de la producción de toda la región: la ganadería vacuna. El histórico vínculo en los imaginarios sociales de las pampas con vacas pastoreando en ellas se alteró radicalmente para dar lugar a inmensos desiertos verdes (llamados así por la homogeneidad del verde ante la presencia de un solo cultivo) que muchas veces cubren la visión hasta el horizonte.

Sin embargo la producción no disminuyó en la misma medida debido a dos cambios profundos en la manera de producir carne vacuna: la intensificación (producir más en menos superficie) y el desplazamiento del ganado hacia fuera de las regiones tradicionales.

El avance de la soja y el maíz significó en el caso de Argentina la conversión de 11 millones de hectáreas ganaderas en agrícolas.

En Uruguay, entre las zafas 2000/01 y 2014/15 (en la que llegó a su pico máximo el área de soja), la superficie de praderas artificiales se redujo en un 34% en los predios agrícola-ganaderos y un 10% en los ganaderos.

En Brasil, la ganadería pasó de ocupar 160 millones de hectáreas en 2006 a 149 millones en 2017.

Los feedlots

La intensificación se dio principalmente a través de los feedlots, o establecimientos de engorde a corral: una tecnología de producción de carne con animales en confinamiento y dietas de gran concentración energética y alta digestibilidad.

El engorde a corral es sumamente cuestionado por sus impactos⁷ pues producen contaminación y, sobre todo, una fuerte contaminación puntual, por nutrientes y concentración de excrementos, que afectan suelo, agua y aire.

Los impactos en el suelo

Un bovino de 400 kg elimina por día 20 a 24 kg de materia fecal fresca, o 3 kg seca. Estos residuos contribuyen a la contaminación con materia orgánica, sedimentos, gérmenes patógenos, antibióticos y otros residuos químicos. Una vez depositadas en el suelo, estas sustancias sufren diferentes procesos que dependen del tipo de suelo, régimen hídrico y tratamiento previo del estiércol y efluentes. El primer problema que se nota es la salinización del suelo, debida al incremento de la materia orgánica. Se puede decir que el 90% de la contaminación producida por dichas actividades es retenida por las partículas del suelo, lo cual lo convierte en un reservorio importante de la contaminación ambiental.

Los impactos en el agua

El deficiente manejo de efluentes en las producciones intensivas implica un riesgo de contaminación del agua subterránea. La movilidad de los elementos contaminantes, principalmente de los nitratos, depende del régimen hídrico, pendientes del suelo, presencia de fuentes superficiales de agua, profundidad de la napa freática, textura del suelo y su permeabilidad; factores que determinarán el escurrimiento superficial o filtración de los contaminantes.

Las lagunas de efluentes de los sistemas de ganadería intensiva contienen, además de toda la carga orgánica, minerales, compuestos químicos, bacterias, virus y huevos de parásitos, residuos de drogas de uso veterinario y hormonas. La presencia de antibióticos en estas lagunas causa una gran preocupación por los efectos adversos que generan sobre el ecosistema y por la posibilidad de que afecten la salud humana y animal, debido a que este tipo de sustancias colaboran en originar resistencia a los antibióticos utilizados. El destino final de los efluentes generados por el engorde a corral suelen ser las fuentes de agua superficial más o menos cercanas a los establecimientos. Así, provocan un impacto ambiental negativo no sólo a nivel local, sino también a nivel de cuenca hídrica.

Ganadería industrial



Los impactos en el aire

La principal fuente de contaminación difusa son los gases con efecto invernadero, responsables del cambio climático y calentamiento global. Es el ganado el que genera el 9% del dióxido de carbono (CO₂), 40% del metano (CH₄) y 65% del óxido nitroso (N₂O). De las distintas especies animales destinadas a la producción de alimentos, los bovinos aportan el 94% del metano del sector ganadero. Se suele decir que el ganado engordado a corral emite menos gases de efecto invernadero que el criado a campo debido a la alimentación diferente. Pero el sistema de engorde a corral puede incrementar la producción de metano y de óxido nitroso a partir de heces y de residuos de alimentos que se descomponen naturalmente, así como de amoníaco, ácido sulfhídrico y otros compuestos que causan olores desagradables y que pueden llegar a irritar las vías respiratorias.

El engorde a corral tampoco resulta sustentable desde el punto de vista social. Son muchos los conflictos sociales que estallaron por la contaminación ambiental de los feedlots; conflictos difíciles de resolver por la ausencia o escasa normativa y la connivencia entre empresarios y funcionarios: la presencia de establecimientos de engorde a corral incide directamente en la posibilidad de desarrollo sustentable de producciones vecinas, no sólo por la existencia permanente de olores nauseabundos, sino también por la contaminación difusa del suelo y del agua. Esta situación provoca la expulsión directa de pequeños productores.

El avance hacia los bosques

La otra forma en que se sostuvo la ganadería fue avanzado sobre ecosistemas más frágiles, como lo son la región del Gran Chaco y la Amazonía.

El Gran Chaco americano es la segunda región forestal de Latinoamérica, después de la Amazonía. Tiene más de un millón de kilómetros cuadrados y se extiende a lo largo de Argentina, Paraguay, Bolivia y una pequeña parte de Brasil.

Para dar una idea de lo que ha significado la expansión ganadera en esa región, se puede considerar que, solamente durante 2014, la deforestación producida por ganadería en el Chaco argentino superó las 100.000 hectáreas, más del doble que la provocada por agricultura⁸.

Se estima que alrededor de 70% de las áreas deforestadas en la región amazónica (que sufriera un devastador incendio a mediados de 2019) están ocupadas por ganadería⁹.

Este panorama demuestra que los impactos de la expansión sojera van mucho más allá de los asociados al propio cultivo: reconfiguran toda la producción de alimentos en el Cono Sur, fomentando (junto con otros factores, como lo son la desigualdad) una de las mayores paradojas que existen en la región: una región con inmensas riquezas y un enorme potencial de producción de alimentos, pero donde el hambre se convierte en un flagelo cotidiano.